

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 613-615.

Ángel Rama (1926)

Atraído igualmente por la literatura y el cálido, urgido vivir, desde los tiempos de CLINAMEN (1947), Ángel Rama impuso en los medios de la nueva generación un estilo personal tejido por la multiplicidad de sus ambiciones creadoras, la laboriosidad casi inverosímil, el dinamismo torrencial, la curiosidad y vastedad de las lecturas, la viva atención por los contactos sociales y humanos que la literatura, inexorablemente, establece. Pero no es una textura monolítica la de Rama (¿cómo podría serlo una de su tipo?) y no parecen faltar en él los conflictos, los movimientos pendulares entre el entusiasmo y el reclamo de la estrictez, entre la pasión por la lucha social y la noción exigente de los fueros de la obra de arte, entre el reclamo axiológico espiritual y la horizontal, trepidante hospitalidad a toda experiencia.

Casi tan dúctil como Benedetti en sus aptitudes expresiva, Rama ha escrito y publicado mucho. Obras teatrales de las que tres: "La inundación" (1958), "Lucrecia" (1959), "Queridos amigos" (1961) han sido representadas. Narrativa: "¡Oh sombra puritana!" (1951), novela primeriza, "Tierra sin mapa" (1961), estampas delicadas de una Galicia soñada que Rama lleva muy adentro y "Desde otra orilla", dos relatos aún inéditos premiados por el Concejo Departamental de Montevideo. Y estudios, todavía, casi incontables, de historia y crítica literaria, aparecidos algunos en ENTREGAS DE LA LICORNE, de la que fue secretario (caso "Tradición y palenque" (ns. 5-6, uno de los mejores textos que publicó esta revista), otros en ASIR, en EL PAÍS (1955-1958) y, sobre todo, en MARCHA, cuya sección literaria atiende con inventiva y ganas desde 1959. En un libro juvenil, "La aventura intelectual de Pedro Figari" (1951), penetró, entre los primeros, en el incitante tema de las relaciones que se dieron en éste entre pintura, poesía y pensamiento. Su prólogo a "El Terruño" de Reyles (1953), editado por la "Biblioteca Artigas", su monografía sobre "El Lazarillo de Tormes", del que es autorizado estudioso y una sólida monografía aún inédita sobre el teatro de Ernesto Herrera reflejan un estudio más formal, menos personal del pensamiento de Rama y se hallan de algún modo vinculados a la actividad que como profesor de literatura desarrolla desde 1950. Y todavía, desde 1957, ejerce la crítica teatral en el diario ACCIÓN. Ha realizado también muchos viajes y éstos han dejado un caudal de numerosas y densas correspondencias. Se sospecha que no duerme nunca, se decía en MARCHA alguna vez, trazando su silueta.

Como ya se apuntara a propósito de Emir Rodríguez Monegal, Ángel Rama igualmente se ha negado a elegir, así, entre los temas literarios nacionales

— a veces más humildes, más profesoriales — y la literatura universal contemporánea de mayor magnitud. A este respecto es digno de registrar que debe ser Rama, dueño de una sólida nutrición europea, uno de los pocos críticos de lengua española capaz de escribir una página solvente sobre figuras ilustres pero un poco marginadas, del tipo de Apollinaire, Valéry-Larbaud, Bontempelli o Charles-Luis Philippe.

La mención a Emir Rodríguez Monegal en su noticia no es casual, porque por más que lo separen de este autor y del grupo de NÚMERO tantos matices y muchas actitudes personales, Rama (incluso) puede ser más expresivo que ninguno de sus oficiantes de la antítesis que resulte de contraponer con otro opuesto cada uno de los rasgos de ASIR (véase noticias sobre Carlos Martínez Moreno). Presentista y hasta noveladamente enamorado del turbio, cálido mundo que lo entorna, de gustos cosmopolitas, esencialmente “intelectual”, disperso es Rama. Pero es sobre todo en él que el ingrediente de crítica social, de decidido “compromiso”, de implicación política ha asumido en el sector literario de su generación, manifestación más neta. Haciéndose portavoz (en cuanto es sólo actitud) de una visión estrictamente terrenal, “aquendista” del mundo y de la cultura, el impulso militante de Rama se ha vertido en los últimos tiempos hacia el marxismo y sus claves socioliterarias pero representa, en general, mejor su sustrato, una más amplia postura de izquierda radical, antiburguesa, racionalista, internacionalista, del tipo de la que en Francia se definía con el **pas d’ennemi à gauche**.

Después de todo lo dicho, parecería ocioso agregar que Rama expone los rasgos capitales de su promoción en gustos, actitudes, tareas y conducta. Pero su sensibilidad entusiasta y pronta, su hervor, su voluntad de militancia, la pasión por su tiempo, todo eso que es suyo y que porta en algo el sello del brío novecentista, puede ser bien la cuota temperamental, intransferible que lo peculiarice en aquélla.

Hay sin duda textos más importantes de Rama que el que a continuación se transcribe. Esto, por lo menos, dentro de un género difícil de deslindar en la tarea crítica (de libros, personalidades o literaturas) que es habitual en él. Pero pocos pueden expedir con más fidelidad, en forma más directa, ciertas líneas profundas de su inteligencia y de la fe moderna en la sinceridad sin tapujos, en un “realismo” que no escamotee medrosamente ninguna realidad, en una literatura edificante que no comience a serlo hasta no haberlo tomado “todo” en cuenta.